

La novela de un Dostoiewsky porteño

EMPECEMOS por algo obvio: la eclosión de narradores hispanoamericanos en los años sesenta no se produjo por generación espontánea. Había unos precursores. Dice Borges que "cada escritor crea a sus precursores". Gracias a Borges, algunos de sus lectores se acercaron a Macedonio Fernández; por Cortázar conocimos a Felisberto Hernández o a Leopoldo Marechal; por Onetti, por el propio autor de "Rayuela", el lector español se familiarizó en parte con Roberto Arlt.

Son todos éstos, escritores que aparecen recogidos en un cajón de sastre, forzosamente breve, en el capítulo de precursores que antecede al estudio de las grandes figuras del "boom" en cualquier manual divulgador de literatura de aquel continente.

Rafael Conte (1) escribía en uno de estos estudios que Arlt, bonaerense que nació con el siglo y de origen alemán, había tenido siempre mala prensa, pues se le consideraba como un mal escritor. Más que un mal escritor, nos dice Onetti en el prólogo a esta primera edición española de una novela de Arlt, "El juguete rabioso" (2), él es un enemigo personal de la gramática.

Otro gran precursor olvidado ("¿Quién ha leído 'Adán Buenosayres'?", se preguntaba hace años, en pleno "boom", el crítico Iglesias Laguna), Leopoldo Marechal, en una larga entrevista (3) lo definía con estas bellas palabras: "Siempre me dio la idea de un Miguel Ángel tallando un tronco de quebracho con un cortaplumas, porque tenía mucho que decir y medios expresivos rudimentarios".

Roberto Arlt sufrió una rigurosísima infancia ("El padre era austriaco y un redomado hijo de perra", dice Onetti en el prólogo). A los dieciséis

años se escapa de casa, desempeñando, siempre en el arrabal bonaerense, de cuyo lenguaje se impregna, los más diversos oficios: albañil, mecánico, dependiente de comercio hasta llegar a ser famoso periodista.

Con todo lo vivido fuertemente prendido de la retina, en 1926 publica su primera novela, "El juguete rabioso". Novela, con no pocos puntos en común con la picaresca —sin padre el protagonista tiene que trabajar; se convierte en criado de varios amos, a cual peor, con los que pasa hambre; desarrolla a la fuerza el ingenio para sobrevivir—, que es la historia de una iniciación, la del protagonista que lucha para ocupar un lugar en la sociedad. De extracción marginal, las diversas etapas de su vida, desde que crea un club de ladrones para dedicarse, con no demasiado éxito, al hurto, hasta que calleja Buenos Aires vendiendo papel, son infructuosos intentos de llegar a ser, él, Silvio Astier, algo en esa sociedad, que no le da una oportunidad.

Cansado de dar puñetazos en el aire, no desaprovechará la última oportunidad que se le presenta. Para ser algo tendrá que pagar un alto precio. Así, traicionando a su amigo, al que denuncia, con quien iba a realizar un atraco, obtiene, al fin, un trabajo serio. Con el que será admitido, con el que dejará de ser un marginado. A cambio, tendrá que arrastrar su traición toda la vida. Siempre será un Judas, cuya falta no podrá olvidar jamás.

Es esta una de las ideas fijas de Arlt: sus personajes alcanzan la felicidad a cambio de labrar su propia catástrofe. Es Arlt un escritor obsesionado por el mal Dostoiewsky —al que trajo al lunfardo— y Nietzsche —"El Anticristo" es uno de los libros que lee Silvio— influyen fundamentalmente en él.

Es importante detenerse en la fecha en que aparece "El juguete rabioso", 1926, pues es la misma en que se publica "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes. Arlt no viene, con esta primera novela, a hablar de gauchos ni de pampas. Los conflictos de la sociedad urbana, protagonizados o sufridos por seres marginales,

desheredados, miserables, locos —de todos ellos están llenos sus novelas—, irrumpen en la literatura argentina, acabando, como ha señalado la crítica, con la tradición realista y naturalista.

Posteriormente publica "Los siete locos" (de la que hizo una película Torre Nilson y que próximamente editará Bruguera en su colección semanal Club), "Los lanzallamas" y varios libros de relatos. Dedicado al periodismo, en los años treinta Arlt obtendrá gran popularidad con una serie de "Aguafuertes porteñas" que publicaba en "El Mundo". Enviado a España, escribiría, en vísperas de la guerra civil, una colección de "Aguafuertes españolas", en las que dejó sus impresiones viajeras por el Sur de España y Marruecos ("El criador de gorilas" es una colección de cuentos de ambiente marroquí).

Arlt, muerto en 1940, no es un autor muy leído —en España, aunque circulaban las ediciones de Compañía Fabril y Losada, hasta ahora no se había publicado ningún título— y, como dice Onetti, "incomprendiblemente, casi desconocido". El escritor uruguayo, que venciendo su pudor, a instancias del editor, ha escrito el prólogo, termina éste deseando, y augurando, que Arlt sea un novelista mucho mayor de aquí que pasen los años.

Y tiene razón. En Arlt no interesa tanto su deslavazamiento estilístico ni su pintoresquismo —con frecuencia tremendista: léase la escena del mercado en esta novela—, sino esa manera suya, casi febril, de escribir. Dejemos que sea Bruno, protagonista de "Sobre héroes y tumbas", de Ernesto Sábato, quien diga la última palabra sobre Roberto Arlt: "Muchos tontos creen que es importante por su pintoresquismo. No, Martín, casi todo lo que en él es pintoresco es un defecto. Es grande 'a pesar' de eso". ■ JAVIER GOÑI.

El juicio de Atocha

LA ejemplar sentencia de la Audiencia Nacional ha cerrado el caso, pero sólo hasta cierto

punto. Aunque no pudieron probarse otras complicidades, el desarrollo del proceso, las contradicciones y el tardío desdecirse respecto a sus primeras declaraciones en que incurrieron los procesados, evidencian la existencia de otros círculos de implicados que han quedado en la sombra, tal vez para siempre. Francisco Gor, en su libro "El juicio de Atocha" (Comunicación Editorial, S. A.), destaca en sus conclusiones este dato políticamente tan significativo.

Uno de los rasgos más valiosos de este libro consiste en ser no sólo una rigurosa crónica de los hechos —la masacre de los abogados laboristas el 24 de enero de 1977, las sugerentes dilaciones de una instrucción sumarial que se prolongó durante tres años, y finalmente el desarrollo de la vista oral—, sino también un apretado y certero apunte en el que Gor hace una valoración política de este sangriento episodio en plena transición. Fue —concluye el autor— un intento de la ultraderecha para cortar en sus inicios el deslizamiento del país hacia la democracia. Ha sido el primer proceso llevado hasta el final en España contra un grupo de la extrema derecha (1).

Francisco Gor, veterano experto en temas judiciales, hace años en el "Ya" y hoy en "El País", donde publicó día a día la crónica del juicio de Atocha, refleja magistralmente el ambiente que el público simpatizante con los procesados, exhibidor de indumentaria y simbología falangistas, supo crear en la sala de audiencias a lo largo de la semana que duró la vista. Caracteriza el juicio como "un juicio político vergonzante" en el que sus protagonistas, aunque invocaron constantemente "motivaciones patrióticas", no llegaron nunca a reivindicar ante el Tribunal los postulados políticos de su ideología antidemocrática, ni asumieron claramente los objetivos de esa "acción patriótica". "Daba la impresión —escribe Gor— de que la única preocupación de los procesados era 'salvarse', aun a

(1) La editorial Akal acaba de publicar un libro, La masacre de Atocha, que recoge textualmente toda la documentación del proceso, desde las primeras declaraciones de los procesados ante la Policía hasta el texto de los informes de los abogados ante el Tribunal y la sentencia dictada por éste.

(1) R. Conte, Dieciséis escritores de Hispanoamérica, Madrid, 1977.

(2) "Narradores de hoy", Bruguera-Alfaguara, Barcelona, 1979.

(3) En Palabras con Leopoldo Marechal, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1968.